

LOS BOTONES AUTOMÁTICOS DE LA ENSEÑANZA

Adriana Szlifman



SUMMARY: *¿Por qué, a pesar de repetir en infinidad de ocasiones que "una imagen vale más que mil palabras", no somos coherentes y necesitamos demostrar en la práctica que una imagen sin mil palabras ("mías") no es nada...? ¿Por qué hemos de finalizar muchas clases participadas y disfrutadas por los alumnos con una " moraleja" a modo de cierre magisterial imprescindible? ¿Por qué infravaloramos la enseñanza que nuestros alumnos reciben de experiencias directas y gratificantes? ¿Poseen acaso los maestros "unos botones automáticos" con los que "abrir" o "cerrar" satisfactoriamente sus clases? Éstos, y otros interrogantes cuestionadores y prácticos son los planteados por la profesora Szlifman en este artículo.*

Why, in spite of repeating the sentence on numerous occasions, "An image is worth more than a thousand words" aren't we coherent, and need to demonstrate in practice that an image without a thousand words ("mine") is nothing? Why do we have to finish many shared and enjoyed classes with a "moral" as a way of an indispensable magisterial ending? Why do we underestimate the teaching of direct and gratifying experiences that our students receive? Do teachers perhaps have "automatic buttons" with which "to begin" or "to end" satisfactorily their classes? These and other interrogative questions and practices are considered by Ms Szlifman in this article.

"La maestra trajo un librito: "Nuestro pequeño", y leyó durante toda la hora.

Muy bonito; triste.

Lo único desagradable era cuando interrumpía la lectura y agregaba por su cuenta explicaciones:

Porque es de suponer que cada uno entiende si escucha, y si no entiende, ya se dará cuenta más tarde por sí mismo. Habría alguno que gusta de hacer preguntas, pero los demás se enojan, porque estorba. Raras veces preguntan para averiguar algo realmente: más a menudo lo hacen para hacer ver que comprenden, y son así de honrados. Si algo no es interesante, entonces que expliquen e interrumpan; el tiempo pasa rápido; pero si es lindo, tenemos miedo que la señorita no tenga tiempo de terminar.

Y cuando dejas de comprender algo, resulta hasta más misterioso"

J. Korcak

"Si yo volviera a ser niño"

"Lo anterior nos conduce al sistema de clases o conceptos infantiles. El uso casi exclusivo que hace del lenguaje la educación tradicional en la acción que ejerce sobre el alumno, implica que el niño elabora sus conceptos de la misma manera que nosotros y que de esta forma se establece una correspondencia palabra por palabra entre las nociones del maestro y las del escolar. Ahora bien, el verbalismo, esta triste realidad escolar-proliferación de pseudonociones aferradas a palabras sin significaciones reales-pone bastante claro que este mecanismo no opera sin dificultades y explica una de las reacciones fundamentales de la escuela activa contra la escuela receptiva."

J. Piaget

"Psicología y pedagogía"

Escena N°1: Una persona va cruzando una carretera, mira para el lado incorrecto, lo atropella un coche y cae a la calle, viene la ambulancia, lo introducen en ella, el enfermero le dice: ¿Qué es lo que ha aprendido hoy? "Hay que estar atento cuando uno cruza".

Escena N° 2: Pablo mira con mucha concentración su programa favorito en la televisión (que por suerte es bueno!!!!), al finalizar, la madre lo apaga, y dice: Pablo, vamos a ver: ¿cuál es la parte que más te gustó? ¿En dónde transcurre el programa?. Pablo va respondiendo. Cuando termina, la madre le dice, bueno ahora vamos a comer.

¿Alguna vez te has preguntado, por qué esto que es absurdo fuera de la escuela, no lo es dentro? ¿O resulta que estas anécdotas, que nos parecen graciosas en contextos extraescolares, paradójicamente las consideramos el verdadero aprendizaje? ¿O será que tenemos poca confianza en lo que enseñamos y creemos que así se aprende mejor? ¿Por qué, a pesar de repetir en infinidad de ocasiones que una imagen vale más que mil palabras, no somos coherentes, y necesitamos en la práctica, actuar exactamente al contrario, es decir, una imagen sin mil palabras no es nada?.

Habrás observado que las dos situaciones que mostramos al principio son de orden diferente, pero poseen elementos comunes. Las encontramos dentro del ámbito escolar pudiendo o no aparecer en una misma clase. La primera escena que tildaría "**la moraleja**" remite a aquel momento de la clase en que el docente intenta hacer un cierre de aquella lección que se ha aprendido. Esta conducta se manifiesta continuamente desde la transmisión de un contenido matemático hasta en temas relacionados con los ejes transversales. Una vez finalizado lo que se quería impartir, el maestro necesita aclarar verbalmente o "redondear". ¿No es ingenuo pensar que si yo no pongo el broche, el aprendizaje del otro queda inconcluso?

La segunda escena expresa el momento final, ese momento que llamaremos de "**repaso**", en el cual suelen hacerse preguntas, generalmente de un estilo muy parecido. Cuando intentamos reflexionar acerca de la **finalidad** de estos interrogantes, una alumna de magisterio lo denominó, de forma muy gráfica "**Lo hago como para que-**

darme tranquila.” Otra vez aquí necesitamos dejar todo cerradito. Es muy probable que cuando nos detenemos a pensar en nuestras propias clases u observemos alguna en ese momento, nos demos cuenta que a quien se pregunta generalmente es áquel que nos va a dar la respuesta indicada. Ay qué alivio!!!!.

¿Y por qué necesitamos cerrar?

Les presentamos una actividad riquísima, el alumno se sumerge en ella, le suceden cosas, disfruta, experimenta, siente, va pensando, va observando, pero sin embargo no podríamos culminarla sin la palabra. Imaginemos una maestra que decide ir a hacer un intercambio cultural, entre grupos de niños de diferentes pueblos. Los alumnos se lo pasan fenomenal, con actividades literarias, gastronómicas, o lo que podamos imaginar para un evento así, pero esto no parece suficiente y entonces sobreviene ese momento final y la síntesis aparece, “¿se dan cuenta de todo lo que hemos aprendido hoy?” En el mejor de los casos la pregunta queda allí, en otros momentos continúa la enumeración de todo lo que supuestamente debíamos aprender. ¿Por qué en estos momentos infravaloramos aquello tan interesante que hemos propuesto? Pareciera que si bien las teorías nos hablan de la idea de un sujeto activo, que va estructurando la información de acuerdo a sus propios esquemas, en ese momento final priman los aspectos de nuestras propias experiencias de aprendizaje en donde el verdadero saber siempre viene dado de fuera, siendo el único posible vehículo de transmisión la palabra. ¿Por qué, además pensamos que siempre hay que transmitir un mensaje? Si la comunicación implica constantemente una circulación de éstos, que el niño va captando y elaborando.

Seguramente en muchos momentos aplicáis métodos que son novedosos, que los podríamos enmarcar dentro de la llamada pedagogía moderna, clases con estímulos vistosos, lo lúdico, lo creativo, pero si sólo los utilizamos como “enganche” o como se suele plantear, en un intento de seducir al niño, para luego “introducir” aquello que debo enseñar, existirá siempre un corte entre la experiencia y un “bueno, ahora vamos a lo nuestro.”

Las teorías nos hablan de un aprendizaje gradual, pero tenemos tan incorporada la idea de cierre casi automático, en un tiempo que siempre suele ser muy breve, que nos sumerge en una ilusión acerca de que se “conoce en un abrir y cerrar de clase”.

Imaginemos que aprendemos a conducir en una sola clase, y al finalizar esta nos dan el carné ¡¡Qué alegría!! No sólo no es así, sino que en ese aprendizaje uno a veces se monta en el coche, y piensa qué bien estoy, otra vez siente que hoy no es su día, hasta que ese proceso se ha automatizado. ¿Por qué, entonces, tendría que aprender el niño en un día que la tierra gira alrededor del sol, o que la diferencia no es desigualdad, o que el conjunto de vacas es un subconjunto de los animales?

¿Y si nos detenemos unos segundos...?

Un día empezamos a darnos cuenta de estos vicios, y hasta nos molestan. ¿Qué puede ocurrir? Posiblemente que uno esté por decir la moraleja, y resulta que se queda en silencio, y piensa: “cuento hasta tres y ya está”. Bueno, diríamos que es un comienzo, y quizás el primer paso de un cambio. Imaginad que ocurre esto. Y uno tiene la sensación de que algo falta. Es probable que cuando la “buena forma” que tenemos incorporada por nuestros modelos de aprendizaje no se cierre como se ha venido realizando siempre, creemos que es una forma incompleta, y sin embargo es una forma nueva. Es cierto: no se trata de cambiar sólo de método exterior, sino además, empezar a poder confiar en que esa tarea que propuse, es por sí sola lo suficientemente interesante como para incentivar el provecho individual, o en todo caso en poder aceptar que sobra cualquier palabra, porque la simple observación directa me demostró que aquello que yo creí transmitir produjo un efecto diferente al deseado.

Lo mismo ocurre con las preguntas de “repaso”. No se trata de pulsar el botón automático e interrogar. Sería conveniente poder detenerme y cuestionarme: ¿Qué pretendo cuando decido preguntar? ¿Es para diagnosticar, para evaluar, sugerir, motivar, desequilibrar, hacer

disparar ideas, o para quedarme tranquilo? ¿En qué momento voy a preguntar? ¿Es para cerrar o para abrir? Y supongamos que en esa reflexión elijo preguntar, porque deseo observar, esto debe implicar que “yo esté dispuesta”, “qué tenga tiempo”, “que sienta que la información verbal me aportaría algo complementario”. En cuanto dilucide todas estas cuestiones, seguramente sabré qué preguntar.

Cuando pienso en cómo cerrar este artículo, me doy cuenta de que no tengo ninguna moraleja, o quizás me vea tentada y diga: Moraleja. No enseñar con "moralejas" y "repasos"

Agradezco las aportaciones de la escucha de la profesora Beatriz Hoster Cabo.